

# **EL COLOR DE SU PIEL**

**John Vercher**

Traducción: Carmen Bordeu

MÓTUS

# CAPÍTULO 1

*Marzo de 1995*

LOS CONTENEDORES APESTABAN A ALIMENTOS a medio comer y al olor agridulce de la cerveza rancia. Las farolas de la calle iluminaban los copos de nieve que sobrevolaban la quietud como luciérnagas atrapadas. El aire frío entumecía los pulmones de Bobby, y contuvo un jadeo. Se colocó el cigarrillo detrás de la oreja, tomó una bocanada del inhalador y luego encendió el cigarrillo. El azufre de la cerilla le atravesó la nariz y le nubló los ojos. Apartó el humo con la mano y, a través de la cerca que rodeaba el área de descarga, vio que había alguien al otro lado.

—¿Quién demonios es ese? —preguntó a Luis.

Luis se encogió de hombros. Bobby se acercó un poco y metió los dedos en la cerca de alambre. Un hombre blanco y corpulento estaba sentado en el borde de la cabina de una camioneta roja estacionada en las sombras que quedaban entre las luces de la calle. Con sus gruesos brazos se abrazaba las rodillas contra el pecho.

Bobby y Luis intercambiaron miradas nerviosas. Bobby palpó el bulto de dinero que tenía en el bolsillo y echó una rápida mirada a Luis. El esquelético cocinero de frituras era una cabeza más bajo que él y pesaba unos diez kilos menos.

No sería de mucha ayuda si quienquiera que fuese aquel tipo decidiera entrar en acción.

—¿Quieres que demos la vuelta y entremos por delante?  
—preguntó Bobby.

—No, tengo el coche aquí atrás. Vamos, tío, no seas marica.

Bobby le mostró el dedo medio. “Joder, si *él* no tiene miedo...”. Empujó y la puerta se abrió. El hombre levantó la cabeza y saltó de la cabina de la camioneta.

Bobby y Luis hicieron una pausa antes de continuar; mantenían la distancia aunque intentaban aparentar que no. “No le muestres que estás asustado, pero tampoco lo mires”. Bobby asintió con la cabeza hacia el desconocido y observó de reojo cómo extendía las manos con expresión confundida.

Luis y Bobby aceleraron el paso.

—Eh, Bobby, ¿adónde vas? —dijo el sujeto.

Bobby se detuvo. Cuando se volvió, se quedó boquiabierto, con el cigarrillo pegado en el interior del labio. Aaron se había afeitado la cabeza por completo. Sus pálidos brazos estaban cubiertos de tatuajes, ahora ocultos por la oscuridad. Prendió un mechero y la llama iluminó su rostro, revelando la topografía de un pasado violento. Una cicatriz en relieve se extendía por la parte inferior de un ojo, otra ascendía formando una curva desde el labio hacia la nariz. Le entraron ganas de mirar para otro lado, pero en vez de eso entornó los ojos para ver mejor. Aaron cerró la tapa del mechero y su rostro volvió a sumirse en las sombras.

—¡Maldición! —exclamó Bobby—. Este hijo de puta está hecho un Hulk.

Aaron sonrió mostrando unos dientes grandes y brillantes. Bobby movió la barbilla hacia atrás con sorpresa. Aaron apretó los labios y ocultó su sonrisa.

—Mueve ese culo y ven aquí —dijo, y extendió los brazos.

Bobby fue hacia él y se dejó abrazar. Luego le dio un par de palmadas firmes en la espalda para que lo soltara, pero

Aaron lo ciñó con más fuerza. Olía a cerveza y a sudor. Aaron lo besó en lo alto de la cabeza. Bobby se apartó y Aaron lo miró a los ojos.

—Te he echado de menos, tío —agregó.

—Ya, ya —contestó Bobby. Lo empujó y rio—. Suéltame, maricón.

—Oye, corta ese rollo —replicó Aaron, y le dio un empujón en broma. Bobby captó algo detrás de la sonrisa desanimada de Aaron y recordó aquel primer día en la sala de visitas. “Idiota”. Abrió la boca para disculparse, pero Luis lo llamó desde la puerta abierta de su coche.

—¡Bobby! ¿Nos vemos mañana?

Bobby le hizo un gesto con la mano. Luis respondió con un gesto de impaciencia y entró en el coche. Aaron regresó con paso inseguro hasta la camioneta, en cuya cabina había un paquete de seis cervezas vacías y otro semivacío. Se sentó en el borde y deslizó la punta de su bota por la nieve. Bobby se sentó junto a él mientras Luis se alejaba.

—¿Ahora andas con mexicanos? —inquirió Aaron.

—¿Luis? Es un buen tipo —contestó Bobby, y le dio un codazo en el brazo—. Es de los buenos.

—Ya.

Bobby dejó de sonreír. Aaron le guiñó un ojo y le devolvió el codazo.

—¡Tres años! —gritó Bobby, y le pegó en el hombro—. Joder, tío, cuánto me alegro de verte.

Aaron rio y se estiró para entregarle una cerveza. Bobby la rechazó.

—¿Aún no? —preguntó Aaron. Bobby asintió con la cabeza—. Ya eres mayor de edad, tío, y todavía no hemos empezado a celebrarlo.

—Así estoy bien. Ya lo sabes.

—Vamos, una no te va a matar. Tres años, tú mismo acabas de decirlo. ¿Cuántas veces saldré de prisión?

—Esperemos que esta sea la única.

—Exactamente. Así que tómate una conmigo. Además, el alcoholismo no es genético, tío.

—¿Eres retrasado? Sí, lo es.

—¿En serio? Quién lo hubiera dicho.

Aaron bebió su cerveza a grandes tragos y lanzó el botellín vacío hacia el aparcamiento, donde se hizo añicos con un sonido musical. Ahora, bajo las farolas, Bobby estudió el rostro de Aaron. Su nariz parecía haberse roto más de una vez y la cicatriz debajo del ojo se veía abultada e hinchada, como si la hubieran cosido con alambre de púas. Pero en su rostro había algo más que el daño físico: un viso de tristeza, de sonrisas dolidas y falsas. Empezó a despegar la etiqueta de otro botellín. Bobby le apretó el hombro y lo sacudió un poco.

—¿Estás bien, tío?

—¿No se me nota? —Otra sonrisa apretada.

Bobby se encogió de hombros.

—Pues... más o menos. —Palmeó la camioneta—. Por cierto, esto es una belleza.

—Mi viejo la tenía guardada para mí. Un regalo de bienvenida.

—Es un gran regalo.

—Dijo que me la había ganado.

Ambos rieron. Aaron no había ganado mucho de nada desde que se conocieron. Su padre era un banquero de inversiones y un importante donante de las campañas de los funcionarios del gobierno local. Padre e hijo aprovechaban muy bien los beneficios resultantes. Las multas por exceso de velocidad desaparecían. Los arrestos por robar cómics de las tiendas eran eliminados de los registros permanentes.

Luego, posesión con la intención de distribuir. El tercer delito. Y había sido grosero con el juez. Lo aguardaba una larga y difícil temporada en prisión.

Y sin embargo, le habían impuesto solo tres años. Pertener tenía sus beneficios.

—Oye, estoy muy contento de verte y todo eso, pero aquí hace un frío que pela. Vamos a algún lado, y dame las llaves, porque ya estás borracho.

—Solo un par de minutos más, ¿de acuerdo? —suplicó Aaron—. He estado entre cuatro paredes más de mil días. Da gusto respirar este aire, tío. Allá el aire era diferente, hasta cuando nos sacaban al patio. Como si se ensuciara cuando atravesaba la alambrada. —Quitó la nieve de la barandilla lateral de la cabina de la camioneta—. Cuando venía para acá, este trasto me ha parecido un ataúd. Qué coño, ¿la quieres? Te la regalo.

Algunos de los chicos de la cocina estaban en el programa de reinserción laboral o en libertad condicional. Russell, el encargado general, había cumplido una condena cuando era más joven. Solía contar la historia de cómo había sobrevivido, cómo había salido, y cómo no les iba a permitir que cometieran los mismos errores dos veces.

—Tenéis que entender que este sistema está diseñado para que no escapen los cabrones negros como vosotros. Una vez que estéis encasillados, el olor de la prisión os perseguirá siempre. Porque después de eso nunca tendréis una oportunidad de verdad. Sobre todo si sois de los nuestros. Buscarán cualquier motivo para encerraros de nuevo. ¿Que no podéis pagar los honorarios del abogado porque apenas ganáis un sueldo mínimo limpiando la cámara de congelados? Adentro. ¿Que os pillan juntándoos con un compinche que lleva droga encima? Adentro. Vosotros, hermanos más jóvenes, no tenéis ni media oportunidad. La gente os hablará de responsabilidad, os dirá que carecéis de ella. Que estáis enganchados a esa vida. Y si seguís volviendo a la cárcel, eso podría terminar siendo verdad. Si pasáis demasiado tiempo dentro, si os pasan cosas lo bastante malas, no sabréis qué hacer con vosotros

mismos fuera, y aunque queráis convencerlos de lo contrario, de que por nada del mundo queréis volver, la prisión se convertirá en el único hogar que conozcáis.

Bobby no se creía eso de que el sistema quería atraparlos. Invariablemente, de tanto en tanto aparecían policías y se llevaban a rastras a uno de los favoritos de Russell, mientras Russell se quedaba en el vano de la puerta meneando la cabeza. Pero ahora, sentado en el borde de esa camioneta, observando a Aaron comerse las uñas, le resonó algo de lo que Russell solía decir. Aaron no había pasado mucho tiempo en la cárcel, pero su vida anterior había sido fácil. Sus problemas desaparecían con una llamada telefónica de su padre a la persona adecuada. Tal vez ahora, de regreso en el mundo, Aaron se daba cuenta de que se había acostumbrado al aire sucio del encierro. Quizá se sentía más cómodo en ese mundo que en este. Parecía muy irracional, pero podía ser.

Bobby descartó ese pensamiento y estiró la mano para recibir las llaves. Subieron a la camioneta. Cuando se inclinó para ajustar el asiento, su mano rozó algo áspero. Extrajo un ladrillo, roto en los bordes.

—¿Te han enseñado albañilería en la cárcel? —Bobby forzó una risa, pero Aaron no sonrió. Cogió el ladrillo y lo puso en el suelo, junto a las cervezas—. En serio. ¿Para qué es eso?

—¿Recuerdas el bate pequeño que guardaba debajo del asiento para cuando las cosas se ponían jodidas? —Bobby asintió—. Había un montón de estos ladrillos rotos fuera de la prisión, en un contenedor de basura, así que cogí uno. Aquí no todos se pondrán tan contentos de verme como tú.

—Sí, claro, lo entiendo, supongo. Pero ¿un ladrillo?

—Hasta que consiga un arma, sí.

—De acuerdo, tipo duro —dijo Bobby. Rio, pero Aaron permaneció en silencio. Cerraron las puertas y Bobby arrancó la camioneta. Aaron se llevó las rodillas al pecho. El estrecho

espacio del interior del vehículo lo obligaba a retraerse como una tortuga. A pesar de su corpulencia, la piel tatuada y las cicatrices, era un nudo de ansiedad. Estaba asustado.

—Tío, no lo has dicho en broma, ¿no? ¿En serio estás bien?

Aaron se estiró para encender la radio. Bobby sintió que sus oídos se tensaban y se armaban de valor para el hip hop de bajos fortísimos con el que a Aaron le encantaba torturarlo cada vez que lo llevaba al colegio.

En vez de eso, por los altavoces se filtró música clásica. Aaron se soltó las rodillas. Dejó de comerse las uñas y se relajó en el asiento. Bobby lo miró de reojo. Aaron rio.

—Vale, vale —dijo.

—Oye, si hay algo que quieras contarme... —aventuró Bobby.

—Tranquilo. Hay una razón, te lo juro.

—Estoy deseando saberla.

Bobby meneó la cabeza y enfiló McKnight Road. La nieve ligera se deslizaba de acá para allá detrás de los coches que iban delante como serpientes fantasmas, y el calor del desempañador hacía que los limpiaparabrisas se arrastraran y gimieran contra el cristal. Se detuvieron en un semáforo y la pieza musical terminó. La emisora de radio pública emitió una noticia de última hora.

—Estoy harto de ese juicio —declaró Bobby—. Ni siquiera tengo televisor, y aun así no puedo escapar de él. —Aaron emitió una risita y siguió mirando por la ventanilla—. Quiero decir, deberías oír a esos tíos de la cocina, jurando que no es culpable. Como si ellos fueran a ganar algo si lo hallaran inocente. Es una locura. —Miró a Aaron, a la espera de una respuesta, pero nada—. Ah... ¿ahora te quedas callado? Será mejor que digas algo, porque en este momento tengo la impresión de que te vas a volver loco y me vas a matar, como el personaje del Coronel Mostaza, con un ladrillo, en la camioneta roja.

Aaron se volvió hacia él y entrecerró los ojos.

—¿Me crees capaz de hacerte daño?

—No, no, estoy bromeando. O algo así. Es que ya estás medio borracho, lo cual es genial, deberías estarlo, totalmente, pero estamos escuchando esta música de mierda, vieja y triste, y tus brazos son tan grandes como mis piernas y ni siquiera hablas como hablabas antes y, joder, tío, no sé qué pensar.

—¿Cómo hablaba antes?

—Corta el rollo, deja ya toda esa jerga para hacerte el negro. Ya sabes.

—Sí, ya sé —concedió. Infló las mejillas y exhaló a través de los labios fruncidos—. Bien, entonces, la música. Cuando entré, me mandaron a la biblioteca. Te acuerdas de lo flaco que era. Después de...

Se interrumpió. Bobby apartó la vista del camino y se volvió. Los faros de un coche en el carril contrario iluminaron el rostro de Aaron. Sus ojos estaban húmedos y brillaban.

—Después de lo que pasó, pensaron que estaría más seguro trabajando allí. Había una sección donde uno podía escuchar CD. Aunque solo de música clásica. Nada agresivo. Nada metálico. Decididamente nada de rap. Pero más tarde leí en unos de los libros que había allí que...

—¿Han conseguido que leas? Tal vez esto no ha sido tan malo para ti después de todo —comentó Bobby, y le dio un golpe en el hombro. Aaron no le devolvió la sonrisa, y Bobby carraspeó.

—Me enteré de que mucha de esta mierda causó disturbios la primera vez que la tocaron. Qué loco, ¿no?

Algo nuevo que había en su voz, un quiebro casi imperceptible, una ligera vacilación, hizo que a Bobby no le gustara el rumbo que estaba tomando el relato. Asintió con la cabeza para responder la pregunta de Aaron y anheló el silencio del cual acababa de quejarse.

—¿Qué podía hacer? —continuó Aaron—. Era solo un

chico muerto de miedo. No dormía, y cuando empezaba a quedarme frito de puro agotamiento, el más mínimo sonido me sobresaltaba. Así que me buscaba un rincón entre las estanterías de libros y escuchaba la música una y otra vez hasta que tenía que regresar a mi celda. Y esperaba a que llegara el fin de semana para verte a ti. —Comenzó a moverse con nerviosismo y abrió otro botellín de cerveza. Lo acabó en cinco tragos rápidos—. No me llevó mucho tiempo memorizar los movimientos de las piezas. Diez mil repeticiones, ¿verdad? Debí de doblar eso. Empecé a tararear las canciones para mí mismo, para intentar dormir. La primera noche que funcionó, la noche que dormí mi primera hora de sueño ininterrumpido, fue la noche antes de que me visitaras —precisó.

Se detuvo. Retorcó las manos alrededor del botellín de cerveza como si fuera un paño mojado.

—La primera vez fue solo una paliza. Por eso me mandaron a la biblioteca. Pero la noche antes de que me visitaras, Bobby, traté de defenderme, te prometo que lo intenté, pero el tipo era muy fuerte. Me golpeó la cabeza contra la pared de la celda una y otra vez, y mi cuerpo decidió dejar de cooperar. Al menos conmigo. Lo único que pude hacer fue que la música que tenía en la cabeza sonara lo más fuerte posible para ahogar los otros sonidos. No funcionó. Sin embargo, más tarde, en la enfermería, me sirvió. Mientras me cosían, mi cerebro se empeñaba en hacerme revivir lo que me había hecho aquel tipo y en recordarme que me había dicho que aquello era solo el principio, que los demás tendrían su turno después de que él me hubiera amansado. Así que tararé mientras la médica me atendía. Recuerdo cómo me miraba, como preguntándose cómo podía cantar después de todo aquello. Fue lo único que evitó que me abriera las muñecas con los dientes que me habían quedado.

Bobby cerró las manos alrededor del volante y parpadeó para mitigar el ardor que sentía en los ojos. No podía quitarse

de la cabeza la vívida imagen de la violación de Aaron. Lo recordaba al otro lado de la ventana de visitas, apenas unas horas después del incidente, y ahora entendía por qué Aaron nunca había querido que volviera. Le habían roto mucho más que la cara.

—Aaron —murmuró—. Lo lamento mucho.

—¿Me metiste tú en esa celda? —Bobby negó con la cabeza—. Entonces no lo lamentes. —Aaron se volvió nuevamente hacia la ventanilla, y Bobby alargó una mano para tocarle el hombro, pero luego la retiró, sin estar seguro de por qué había hecho ninguna de las dos cosas.

Aaron descartó el tema y se palmeó las mejillas.

—Fue una lástima que en la biblioteca no hubiera cómics —añadió con un eructo—. Así que tienes que ponerme al día en eso. Pero me dejaron en la biblioteca y leí bastante. Al principio, solo ficción y cosas así. Lo que fuera, con tal de no pensar, ¿sabes? Pero después me dieron tareas. Tuve que empezar a leer lengua, historia mundial, de todo.

—¿Tareas? —preguntó Bobby—. ¿A qué te refieres?

—Tu apellido significa “de tez morena” en siciliano —acotó Aaron—. ¿Sabías eso?

“¿De qué diablos habla Aaron? ¿Quién le daba tareas?”.

Aaron abrió su última cerveza. Bobby aceleró.

La camioneta atravesó Duquesne a toda velocidad y Bobby observó el funicular que había más allá del río. Las vías estaban iluminadas por una fila de bombillas blancas a cada lado. Nada de esto encajaba. Había imaginado un montón de veces el día en que Aaron saldría de la cárcel, pero la escena que había visualizado mentalmente era muy distinta. Retomarían el antiguo ritmo enseguida. Bobby se burlaría de los cómics de DC. Aaron se burlaría del universo Marvel. Disfrutarían de su odio mutuo por los cómics Image. Bobby picaría a Aaron por el mal gusto que tenía para la música. Aaron se burlaría del mal gusto que tenía Bobby para vestirse. Compararían

sus vidas familiares de mierda. Recuperarían los tres años. Felicidad instantánea, con solo añadir agua.

Bromeaban y se reían, pero sonaba hueco, mal. Aaron estaba diferente, y el cambio iba más allá de lo físico, de lo muscular. Eso era lógico. Incluso dejando aparte la música, los tatuajes y la forma en que hablaba, algo atenuaba esa luz que siempre había irradiado. Sus sonrisas eran tensas. Como si no estuvieran permitidas.

Bobby tenía que cambiar eso. No importaba lo que le hubiera pasado, su mejor amigo había vuelto a casa. Aaron todavía necesitaba su ayuda, pero no como cuando eran pequeños. Esto era diferente. Bobby no sabía si podría arreglarlo.

Tomaron por la avenida Forbes. La Catedral del Conocimiento se alzaba como un faro a lo lejos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Bobby.

—Ah, mierda, sí, a North Oakland —contestó Aaron—. He quedado con una persona esta noche.

—¿Acabas de salir y ya vuelves a lo mismo?

—No, no se trata de eso. Le prometí a alguien que iría a ver a alguien. Y que me alojaría un tiempo con él.

—Entiendo, alojarte conmigo y con mi madre en Homewood no estaría a la altura de tu estilo. Aunque te reconozco que, en comparación, una celda parecería un hotel de cinco estrellas. —Aaron rio—. ¿Qué quieres hacer entonces, tío? No tenemos que ir allí ahora mismo, ¿no? ¿Acabas de salir!

—Me muero de hambre. Ah, joder. Vamos al gran O.

Bobby emitió un gruñido. Aaron sabía que él odiaba el Hot Dog Original. Era el único local que permanecía abierto después de que cerrasen los bares. Universitarios borrachos y los pandilleros de los barrios cercanos se juntaban allí a comprar botellas de alcohol de litro, pizzas de cinco dólares y bolsas de patatas fritas grasientas tan grandes como la cabeza de un hombre adulto. Pero las calles de Oakland estaban casi vacías. Los universitarios se habían ido a casa para las vacaciones de

primavera. Era el último lugar al que Bobby quería ir, pero Aaron parecía muy entusiasmado. Le encantaba la comida que daban allí, sobre todo cuando estaba borracho, que lo estaba, y Bobby se imaginó cuánto la disfrutaría esta noche en especial.

—Joder. Está bien.

—¿En serio? —inquirió Aaron.

—Sé que me voy a arrepentir, pero sí, vamos. Tú lo has dicho, ¿cuántas veces va a salir mi mejor amigo de la cárcel? Aunque las patatas fritas van a estropear tu nuevo cuerpito de nena.

—¡Vete a la mierda! —respondió Aaron. Su sonrisa ahora era grande, sus ojos intensos y brillantes.

Bobby aparcó en la calle Bouquet, a menos de media manzana de la esquina donde quedaba O. La luz del cartel de neón iluminaba la camioneta y los bañaba a ambos en color rojo. Aaron abrió la puerta, pero Bobby no se movió.

—¿Qué pasa? —preguntó Aaron.

—Hace un frío terrible —contestó Bobby—. Ve a buscar la comida, te espero aquí con el motor encendido.

—De acuerdo. Ya, de paso, veré si en el baño tienen toallitas para tu chochito.

—Vete a la mierda. —Bobby forzó otra risa y apagó el motor.

—Así me gusta.

El aire del interior del local era tan apestoso como el aspecto de los baños. Por mucho que quisiera hacer aquello por Aaron, el sentido arácnido de Bobby se había activado y le entraron todavía más ganas de volver a la camioneta. De pronto entendió por qué.

Dos jóvenes negros estaban sentados a una mesa cerca del mostrador. Uno tenía la cabeza gacha y parecía desmayado; había una botella de más de un litro vacía junto a su brazo. Llevaba un gorro de lana azul y un grueso chaquetón de franela azul, un uniforme que Bobby conocía demasiado bien en Homewood. El otro se llenaba la boca de patatas fritas y sorbía un refresco de un vaso de plástico extragrande. No iba vestido con colores.

Tan solo una sudadera de color marrón con capucha forrada y unos vaqueros azul oscuro. Parecía más joven que Bobby y que Aaron, pero los miró a ambos fijamente en cuanto entraron. Bajo las luces fluorescentes, Bobby, por primera vez esa noche, vio con claridad lo que sin duda también había visto el chico.

Los tatuajes de Aaron.

Dos rayos en los hombros. Un Águila de Hierro en la unión de las clavículas.

Telarañas en ambos codos.

—Joder... —susurró Bobby para sus adentros.

Bobby se quedó detrás de Aaron mientras este hacía el pedido en la caja registradora. Oyó cómo el chico de la mesa hacía un gesto de asco.

—Esta noche tenemos aquí a unos cuantos gilipollas —dijo. Bobby fingió no oír y lanzó una mirada que creyó furtiva por encima de su hombro. El chico lo miró a los ojos antes de que él volviera la cabeza—. Sí, me estás oyendo —agregó.

Bobby clavó la mirada en la ancha espalda de Aaron. Aaron no había oído o no le importaba, y seguía haciendo el pedido.

—¿Dónde te has tatuado esas telarañas, eh? —preguntó el chico a Aaron—. En la cárcel, ¿no? Seguro que eres un tipo duro.

Aaron se giró para mirar a Bobby y sonrió.

“No sonrías, por favor, no sonrías. ¿Por qué demonios estás sonriendo?”.

Tocó el estómago de Bobby con el dorso de la mano.

—Tengo que mear —dijo—. Enseguida vuelvo.

—¿Qué? No —contestó Bobby—. No te vayas, no te vayas, no te vayas... —Pero Aaron se marchó. El viejo que estaba detrás del mostrador llenó con patatas fritas blandas una bolsa blanca hasta no poder cerrarla y la salpicó con manchas de grasa translúcidas. Bobby echó varias miradas rápidas a su espalda para ver si el chico seguía mirando.

Lo hacía. El chico que estaba a su lado permanecía semiinconsciente, pero se movía. Aaron regresó del baño en el momento en que el viejo acercaba la pizza y las patatas por el mostrador.

—¿Estamos? ¿Podemos irnos ya? —preguntó Bobby.

—¿Qué, no vamos a comer aquí?

—¿Cómo?

—Relájate —dijo Aaron—. Paga y vámonos.

—Muy gracioso —replicó Bobby, y deslizó el dinero sobre el mostrador.

—Maricón hijo de puta —dijo el chico a Aaron.

Aaron se rio. Alguien arrastró una silla por el suelo. El chico apareció justo detrás de ellos. Era más alto que Aaron, pero flaco. Su rostro era delgado, la piel se veía tensa sobre los huesos.

El corazón de Bobby latía con fuerza, y sentía la conocida presión de un ataque de asma inminente que llenaba los espacios de su pecho.

—¿He dicho algo gracioso? —preguntó el muchacho en la nuca de Aaron. Aaron se volvió con la comida en la mano y lo miró—. ¿Qué? —insistió el chico—. Sí, sé qué significan esos tatuajes y no, no te tengo miedo. Tienes suerte de que mi amigo esté dormido. —Hizo crujir sus hombros en dirección a Aaron.

Aaron no se inmutó y le sonrió.

—Discúlpanos, por favor —dijo.

Esquivó al chico y Bobby lo siguió de cerca. “Gracias a Dios”. Se dirigieron hacia la puerta.

—Ya me lo imaginaba —dijo el chico—. Largaos de aquí. Ya estaban muy cerca. Casi fuera del local...

Aaron tenía la mano sobre el picaporte. Lo soltó y se volvió. Metió la lengua detrás del labio superior y empezó a hacer sonidos de mono mientras le mostraba el dedo medio al chico. Bobby lo empujó afuera, pero ya había oído pasos detrás de ellos.

Aaron echó a andar y Bobby lo empujó otra vez para

que se diera prisa hacia la camioneta. Aaron dio unos pasos corriendo y luego frenó un poco para llevarse un puñado de patatas fritas a la boca. La puerta de O se abrió con fuerza y golpeó contra la pared.

—Así que te gustan las bromitas, ¿eh? —exclamó el muchacho.

Corrió hacia ellos. Bobby trató de darse prisa, pero la acera estaba resbaladiza y estuvo a punto de caerse. El chico lo alcanzó y lo agarró por el cuello de la cazadora. Bobby gritó para llamar a Aaron, quien ahora corría hacia la camioneta. Sintió pánico ante la repentina cobardía de Aaron y la posibilidad de que lo dejara allí para que le dieran una paliza o le hicieran algo peor. Logró soltarse y corrió hacia el lado del conductor de la camioneta. Entró de un salto y cerró la puerta. El chico comenzó a golpear su ventanilla. Bobby arrancó el motor, listo para pisar el acelerador a fondo, pero se volvió y vio que Aaron no estaba allí, lo único que había era la caja de pizza y las patatas fritas desparramadas en el asiento. Levantó la vista y vio que Aaron cruzaba frente a los faros, en dirección al chico. El chico se apartó de la ventanilla de Bobby y le hizo un gesto desafiante a Aaron. Bobby le gritó a Aaron que se detuviera. Que regresara y se subiera a la camioneta. Entonces vio el ladrillo en su mano.

El ladrillo se estrelló contra el hueso con un chasquido y el chico se desplomó como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos. Bobby oyó el ruido que hizo la cabeza al golpear sobre la acera. Se agarró a la puerta, su aliento empañaba la ventanilla. Se retiró para limpiar el cristal.

El pálido rostro del chico estaba atravesado por líneas profundas; de pronto, abrió la boca, jadeó, y quedó en silencio. Entonces la sangre comenzó a brotar de cada corte. Sus botas agitaban la nieve, derritiéndola y ensuciándola mientras se retorció. Lanzó un gemido, callado al principio, luego más fuerte, como una sirena al acercarse. Sus brazos temblaban al tiempo que intentaba desesperadamente levantarse del pavimento.

Bobby intentó abrir su puerta, pero la había cerrado con seguro a causa del pánico. Mientras encontraba el interruptor y tiraba de la manilla, Aaron abrió la puerta del pasajero. Bobby se sobresaltó. Aaron dejó caer el ladrillo en el suelo, frente a él.

—¡Vamos, vamos, vamos! —dijo.

Aaron respiraba con agitación, pero su voz era tranquila. El aliento le apestaba a cerveza. Bobby se olvidó de que ya había arrancado la camioneta, y el motor protestó cuando volvió a girar la llave.

Los neumáticos chirriaron cuando doblaron la esquina para tomar la avenida Forbes. Aaron apretó la rodilla de Bobby.

—Más despacio.

Aaron se estiró para mirar por la ventanilla trasera mientras Bobby examinaba el espejo retrovisor. La comisaría de policía del otro lado de la calle solía dejar un coche patrulla estacionado fuera, como elemento disuasorio. Cuando pasaron por delante, el coche no se movió. No se encendieron las luces. Ni la sirena. Bobby echó un último vistazo hacia atrás y vio que se abría la puerta del Hot Dog Original y las luces de neón desaparecían de la vista.

—Por Dios, Aaron, ¿qué cojones has hecho? —le reprochó. Su respiración se había tornado más corta y le ardía el pecho; el asma formaba como una doncella de hierro alrededor de sus vías respiratorias, sus extremos se incrustaban en sus pulmones. Cuánto más profundo intentaba inhalar, más le costaba respirar. Emitió un jadeo y buscó en el bolsillo delantero de su cazadora para sacar el inhalador, pero se le cayó al suelo. Aaron lo recogió y se lo entregó. La sangre que tenía en los dedos manchó la carcasa de plástico, y Bobby se preguntó si sería de Aaron o del chico. Se quedó mirando el inhalador en la mano extendida de Aaron. Aaron vio la sangre y la limpió con el dobladillo de su camiseta blanca.

—Mierda —masculló—. Lo siento. Joder, también te he manchado los pantalones.

Cuando se lo ofreció de nuevo, la visión periférica de Bobby ya había comenzado a oscurecerse. Cogió el inhalador y dio una bocanada profunda. Aaron abrió la guantera y sacó un paquete de cigarrillos. Le ofreció uno a Bobby y apretó el mechero del salpicadero. Bobby aceptó el pitillo y se lo puso entre sus labios resecos.

—Joder, tío —dijo—. ¿Qué has hecho? ¿Qué coño has hecho?

—Te vas a pasar. Dobla aquí.

El mechero saltó. Aaron y Bobby se estiraron para agarrarlo al mismo tiempo, pero Aaron dejó que Bobby lo hiciera. Tal vez se si lo apretaba contra la mejilla de Aaron, o mejor, contra un ojo, un toque suave y doloroso, lo que fuera que le diera el tiempo suficiente para escapar, saltaría de la camioneta y dejaría que se estrellara contra un poste mientras él desaparecía en la noche. Podía esconderse en la Catedral de San Pablo y llamar a la policía.

¿Y decirles qué?

Decirles que se había dado a la fuga y había dejado a un chico muriéndose y que, por cierto, el loco responsable de aquello estaba demasiado borracho para alejarse de la escena del crimen conduciendo un coche, así que ¿adivinan quién se encargó de eso por él? Lo encerrarían a él también y terminaría con la misma pinta que tenía Aaron el día en que fue a verlo o tal vez peor, con el cráneo hecho pedazos como ese chico que acababa de dejar retorciéndose en la acera.

“Ese chico. Dios santo, era el hijo de alguien. Tendría unos dieciocho. ¿Diecinueve, tal vez? No vivirá para celebrar su próximo cumpleaños. Quizá ni siquiera esté vivo mañana”.

Bobby imaginó a la madre. La policía llamando a su puerta para decirle que alguien le había partido la cabeza con un ladrillo a su hijo y lo había dejado morir en la calle. Pensó en su propia madre, Isabel, imaginó su llanto desconsolado, pero lo único que podía oír era el gimoteo del chico. Tanto el llanto imaginado de Isabel como los gemidos reales del chico sonaban a “por qué”.

—Te has pasado —dijo Aaron. Bobby parpadeó para contener una lágrima—. Toma la próxima a la izquierda.

Bobby acercó el mechero a su cigarrillo con mano temblorosa. Aaron envolvió los dedos alrededor de su mano para mantenerla firme. Bobby sintió en los labios el calor que desprendía la resistencia naranja e inhaló el tabaco tostado: la punta del cigarrillo chisporroteó. Sus pulmones se sentían rígidos por el ataque de asma, y tosió sin parar, casi a punto de vomitar. Se sintió agradecido. Eso le daba una excusa para que las lágrimas rodaran por sus mejillas. Aaron le secó una con un pulgar calloso. Bobby le apartó la mano con un golpe.

—No me toques —exclamó.

Aaron alzó las manos en señal de rendición y recuperó suavemente el mechero de la mano de Bobby. Prendió un cigarrillo y abrió un poco la ventanilla. El aire frío se coló al interior y succionó el humo hacia fuera. Aaron se deslizó hacia abajo en el asiento y apoyó una bota contra el salpicadero. Podría haber matado al chico, y sin embargo, se reclinaba en el asiento con ese aspecto radiante de quien acaba de tener sexo. El Aaron que Bobby conocía, o mejor dicho el que pensaba que conocía, no habría conseguido sexo ni siquiera pagando. Aaron, con su cuello largo y flaco como un buitre y sus escasos sesenta kilos. Aaron, el *friki* que compartía con Bobby el fanatismo por los cómics. Su mejor amigo, Aaron el impostor. Aaron, el blanco que quería ser negro.

Algo había ocupado su lugar. Su nombre. Una pálida imitación de su personalidad. No era él. La cabeza afeitada y las botas de combate con cordones rojos habían reemplazado los vaqueros flojos y las zapatillas deportivas Adidas con puntera. El cuello otrora flaco desaparecía en sus enormes hombros. Cada vez que lo miraba intentaba imaginar al muchacho que había conocido antes de que lo encerraran. Tenía la ilusión de que un parpadeo lo arrancaría de un sueño febril y sudoroso que lo mantenía acurrucado bajo el edredón en su sofá,

pero lo único que veía era la cara destrozada de ese chico negro y se le revolvía el estómago.

—A la derecha —indicó Aaron.

—¿Por qué? —preguntó Bobby.

Aaron lo miró con verdadero desconcierto.

—¿Porque es el camino para ir al apartamento? —aventuró.

—¿Me estás jodiendo? ¿Sabes a qué me refiero! ¿Por qué diablos le has hecho eso a ese chico?

—¿Por qué? El muy cabrón te agarró del cuello, ¿y me preguntas por qué? ¿Cuántas veces, Bobby? —preguntó, y mostró los dientes—. ¿Cuántas veces tuviste que rescatarme de esos malditos bestias del instituto? ¿En el baño? ¿En el aparcamiento? ¿Te acuerdas? ¿Creías que iba a permitir que te pasara eso a ti? Porque ha estado a punto de pasar.

—Lo sé, pero...

—Pero nada. Joder, tío, tú mismo me lo dijiste, una y otra vez. ¿Lo recuerdas? No te hice caso en ese momento, pero aprendí la lección. —Sopló una nube de humo y se apoyó en el salpicadero junto a Bobby, desafiándolo a hacer contacto visual. Movi6 la cabeza hacia la parte trasera de la camioneta señalando con un gesto hacia donde había quedado el chico—. Son animales, Bobby. Y algunos animales deben ser sacrificados.

Bobby sintió que se ruborizaba. Cuando apretó el volante para girar, recordó una calle diferente.

Un callejón, detrás de la casa de su abuelo.

Su primera pelea, una que nunca olvidaría, una anécdota que jamás había compartido con Aaron ni con nadie. Su rostro recordó el escozor de la mejilla, el sabor metálico de su propia sangre en la boca.

Tenía once años.

Era la primera vez que había dicho la expresión “negro de mierda”.

El mismo día que su madre le dijo que él era negro.